J. A. MELIÁ

LA LEONA

Drama en un acto.

UNA PESETA

MADRID: SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

JUAN A. MELIÁ

LA LEONA

DRAMA EN UN ACTO Y DOS CUADROS

MADRID

IMPRENTA DE I. CALLEJA

Calle Pizarro, 16

1910

PERSONAJES

LA LEONA, obrera, 30 años.
PACO, obrero, la misma edad.
TOMÁS, ídem, íd.
LA PICÁ, obrera, 50 años.
JENARO, obrero, la misma edad.
EL TÍO VINAGRE, tabernero, la misma edad.
LUIS, obrero, 40 años.
LUCÍA, su mujer, obrera, la misma edad.
LORENZO, obrero, ídem, íd.
GASPAR, ídem, 20 años.
JUGADOR 1.º
JUGADOR 2.º
JUGADOR 3.º
OBRERA 1.ª
OBRERA 2.ª
UN CONTRAMAESTRE de la fábrica.
EL DIRECTOR de la fábrica.
UN MINISTRO.
UN ACCIONISTA.
DOS OBRERAS y CUATRO OBREROS más.
Gentes diversas.

La acción en una capital industrial del Norte de España, en la época actual y durante los meses de verano.

Es propiedad del autor. Los representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados de percibir los derechos de representación.

CUADRO PRIMERO

Interior de taberna, sucia y obscura, en un barrio obrero. Mostrador á la derecha, y repartidas por la escena, mesas y banquetas. Al foro, puerta que da á la calle, y en cualquiera de las laterales, puerta de entrada á habitaciones. Anochece y hay bastantes concurrentes en el establecimiento, todos gentes obreras, vestidas con gran pobreza, como que llevan mucho tiempo sin trabajo. Algunos comen; otros solamente beben, reunidos en pequeños grupos. En un ángulo juegan á las cartas tres individuos. La mujer de uno de ellos se distrae viéndoles jugar.

ESCENA PRIMERA

LA LEONA, sola, ante una mesa; TOMÁS, LA PICÁ, GASPAR y UN OBRERO, en otra mesa; LUIS, LUCÍA y UNA OBRERA, en otra; los TRES JUGADORES, en otra, OBRERAS 1.ª y 2.ª, con DOS OBREROS, en otra, junto á los jugadores; UN OBRERO y UNA OBRERA, apartados, en otra mesa; el TÍO VINAGRE, tras el mostrador, de cuando en cuando sirve jarros á la concurrencia. Á poco de levantarse el telón, el Tío Vinagre encenderá una lámpara eléctrica que pende sobre el mostrador y otras dos que habrá repartidas por la escena; las tres de escasa luz.

JUGADOR 1.º—De mis bastos.

JUGADOR 2.º—Lo siento, pero tengo que matar.

JUGADOR 3.º—¡Y yo que quería echar el as!

OBRERA 1.ª—(*A la Obrera 2.ª, que observa el juego.*) ¿No se cansa usted de estar tanto rato viéndoles jugar?

OBRERA 2.ª—¿Qué quiere usted? Este no

725672

quiere salir de aquí y yo en casa me aburro si estoy sola. Todavía si hubiera cena que guisar...

JUGADOR 2.º—(*A la Obrera 1.ª*) No le haga usted caso: ésta es una bestia que no me quiere dejar á sol ni á sombra. Como siempre cae algún vaso de sidra...

LUIS.—(*A Lucía.*) ¿Sacamos algo para cenar?

LUCÍA.—¡Qué remedio nos queda! Como no quieras pasar la noche haciéndote cruces en la barriga... Pero ya sabes que luego tienes pesadillas por la debilidad.

LUIS.—(*A la Obrera que está en su propia mesa.*) Tiene gracia: la otra noche nos acostamos sin oler una raspa de nada y á las dos horas de estar durmiendo me dí un banquete en sueños... ¡Hasta langostinos!

LUCÍA.—Llama al tío Vinagre y pide algo. (*Luis hace señas al tabernero, el cual acude, y hablan.*)

TOMÁS.—¡Qué callada está la Leona!

GASPAR.—Lleva así unos cuantos días.

LA PICÁ.—Mal te que pesé, Tomás, la Leona está traspasada por Paco.

TOMÁS.—¡Por Paco! Estás fresca, abuela; á

ésa no le gustan los hombres que piensan tanto las cosas.

GASPAR.—La Leona necesita un león.

LA PICÁ.—Pues ya me daréis la razón cuando venga él. (*Tomás hace signos de desagrado.*)

T. VINAGRE.– (*A Luis y Lucía.*) Que estais haciendo mucho gasto y luego no vais á pagarme en dos años.

LUCÍA.—¡Y qué! Se aguanta usted: que no nos vamos á morir de hambre. Si no le pagamos en dos años, pagaremos en tres.

T. VINAGRE.—No vengáis con tonterías, porque...

LUIS.—Y si no pagamos en tres años, quedaremos debiéndolo.

JUGADOR 3.º—Las cuarenta, amigos.

OBRERA 2.ª—(*Al Jugador 2.º*) Me alegro, me alegro. Ojalá no ganes una partida siquiera.

JUGADOR 2.º—Calla tú, que cobrarás.

OBRERA 1.ª—No sea usted así, mujer.

LA PICÁ.—(*Se levanta y se acerca á la Leona.*) Mucho tarda Paco en venir.

LA LEONA.—¿Y quién te ha dicho que estoy esperando á Paco?

LA PICÁ.—Me lo he pensado; como no hablas á nadie...

LA LEONA.—No hablo á nadie y de ello hace ya días. Y cada vez tengo menos ganas de miraros á la cara. Cuando pienso la madera de esclavos que todos tenéis...

LA PICÁ.—Menos Paco: ése sí que es una fiera... (*Irónica.*)

LA LEONA.—Deja tranquilo á Paco. Otros hay que parecen más fieros y son como él, cuando no menos. (*Por Tomás.*) No hace todavía una semana que la tropa nos fusiló en la calle; todavía está caliente la sangre de los tres muertos, y ya ves el cuadro: unos bebiendo, otros jugando, otros charlando para pasar el rato... ¡Y la fábrica allí... soberbia siempre, sin que nadie se atreva á pegarle fuego!

TOMÁS.—(*Desde su mesa.*) Ya sabes, Leona, que no faltaría quien la prendiese por los cuatro costados si no hubiera otros que se asustan de la cosa.

LA LEONA.—Palabras... palabras...

LA PICÁ.—Hija, á tí, en vez de la Leona, deberían llamarte la hiena.

LA LEONA.—Para pelear con lobos me pa-

rece que no sirven los corderos.

GASPAR.—Me gusta más la Leona cuando la veo rabiosa.

LA LEONA.—Pues á mí no me gustas tú de ninguna manera. El hombre tiene que pensar y hablar por cuenta propia, sin necesidad de escuchar á nadie antes. Y tú eres un fonógrafo.

GASPAR.—De sabios es tomar consejo.

(*Tomás se habrá acercado á la Leona; la Picá vuelve á su mesa y habla con Gaspar.*)

TOMÁS.—(*Sentándose.*) Todo se te vuelven indirectas sobre si me atrevo ó no me atrevo á... lo que haga falta.

LA LEONA.—Y tú, ni por esas.

TOMÁS.—Yo me comprometo á lo que te dé la gana: pero me has de ayudar tú; si sale mal, que los dos vayamos á parar donde sea; y si sale bien ya sabes el premio que quiero.

LA LEONA.—Siempre lo mismo: aparta, hombre, que me das asco. Para tí la cuestión no tiene otro fin que ponerme contenta y que te deje entrar en mi cama. Quita, quita; yo quiero un hombre que sienta de veras en el alma las amarguras que están pasando esos doscien-

tos obreros que dejaron el trabajo en mala hora; un hombre que haga algo brutal, cruel, si se quiere, pero que le salga del corazón el hacerlo, que lo haga como venganza de las infamias que se están cometiendo con nosotros, como venganza de los muertos que hemos tenido, como terrible venganza de los muertos que todavía ha de causar en los nuestros el hambre maldita...

TOMÁS.—Pues Paco no va á servirte para eso.

LA LEONA.—¡No va á servirme! Pero ¿has creído por ventura que es á mí á quien aprovecharía esa venganza? Mi persona nada ganaría; si yo la quiero es para dar una alegría á los que tanto lloran desde hace meses.

TOMÁS.—Oye, Leona: hablas conmigo de manera que no merezco; yo siento tanto como tú todas esas cosas, y si he pretendido el premio de tu cariño á cambio de lo que deseas, ha sido por ver si de ese modo me aproximaba más á tí. Pero yo te prometo que de una manera ú otra, tomaré por mi brazo esa venganza.

LA LEONA.—Serás capaz...

TOMÁS.—¡Que si seré capaz! Has de verlo

muy pronto. (*Pausa.*) Pero de todos modos, ¿serás menos esquiva conmigo en lo sucesivo?

LA LEONA.—Otra vez á lo mismo: me haces pensar que es mentira lo que acabas de decirme. Tú quieres que yo te tenga cariño á la fuerza; no sé si algún día despertará, pero por ahora, hijo mío... No, no esperes nada de mí, antes ni después de lo que puedas hacer.

TOMÁS.—¿Y si voy á parar en presidio? Entonces te arreglarás con Paco.

LA LEONA.—¡Qué pesadilla tienes con Paco! Algo más vale que tú... Si no pensara demasiado las cosas...

TOMÁS.—(*Levántase irritado y vuelve á su mesa.*) ¡Quédate con tu Paco de los demonios!

LA PICÁ.—Parece que corren malos vientos, Tomás.

TOMÁS.—Déjame en paz.

ESCENA II

Dichos, JENARO y LORENZO, que vienen borrachos.

JENARO.—(*En la puerta.*) Entra, Lorenzo, entra conmigo, que el tío Vinagre va á sacar para nosotros el añejo...

LORENZO.—No me da la gana, que me estás haciendo beber demasiado y no tengo costumbre... (*Entra.*)

JENARO.—¡Qué poca vergüenza tienes! ¡Pues no dice que no tiene costumbre y se emborracha todos los días!

LUIS.—¡Hombre! ¡Ya ha salido Jenaro de la cárcel!

GASPAR.—Mirad á Jenaro.

LA PICÁ.—Ya se conoce que anda suelto: la ha cogido buena.

JENARO.—(*Saludando.*) ¡Hola, compañeros! Aquí estoy ya...: me han tenido encerrado una semana; pero aquí me tenéis otra vez, tan fresco... (*Vacila.*)

TOMÁS.—Lo que es eso de «tan fresco»...; serás fresco, pero no lo estás nunca.

JENARO.—(*Al tabernero.*) ¡Chist! ¡Eh! Aquí..., vino á toda la compañía...; yo convido á todo el mundo...

T. VINAGRE.—¿Traes dinero?

JENARO.—Apuntas el gasto en el libro verde... porque me parece que está verde... eso de tener yo dinero...

LORENZO.—Mira que nos estamos poniendo perdidos...

JENARO.—Tú sí que eres un perdido...; yo

no siento nada... (*Da un traspié. Los demás ríen.*)

GASPAR.—¿Cómo fué que te pusieron á la sombra?

JENARO.—Por un descuido mío... Le pegué á un traidor de la huelga unas trompadas y me llevaron preso por co... coo... acción... Los jueces llaman coacción á los puñetazos... Por cierto que en la Comisaría me atizaron no sé cuántas cooo... acciones... Eso no está bien... Pero lo que más he sentido es no poder enjuagarme como quisiera...

LUIS.—De modo que si sigues en la cárcel habrías llegado á abandonar la bebida.

JENARO.—Eso de abandonar... se dice muy pronto... Allí lo que ocurre es que se vende más cara y peor...

LORENZO. –Oye, Jenaro, el tío Vinagre no saca vino.

JENARO.—Al tío Vinagre voy á tener que darle tres ó cuatro co... acciones en los morros.

T. VINAGRE.—Mientras no traigas algunos cuartos á cuenta, no catarás un vaso que yo te dé.

JENARO.—¡Qué barbaridad! Para treinta

reales que te debo... Estoy por declararte el *boycott*...

LUIS.—Tomad, tomad un vaso de lo mío.

LORENZO.—Este es un verdadero amigo.

JENARO.—¡Qué lujo! Está cenando y todo. Escucha, Luisillo, ¿no te sobrará una rajita de longaniza? Que no te haga falta.

LUCÍA.—Anda, viejo marrullero, tómala ya.

JENARO.—Es para animarme á beber un traguito.

JUGADOR 2.°—(*A la Obrera 2.ª*) ¡Márchate ya y déjame en paz!

JUGADOR 1.°—No la hagas caso, hombre.

OBRERA 2.ª—Pero deja ya el juego y vámonos...

JUGADOR 2.°—(*Levántase, furioso.*) ¡Largo de aquí, te he dicho!

OBRERA 2.ª— No me da la gana.

JUGADOR 2.°—Yo te echaré... (*Empieza á golpearla; á patadas la conduce hasta la puerta. Todos miran con indiferencia.*)

LA LEONA.—(*Poniéndose en pie.*) ¡Qué bruto es ese hombre!

ESCENA III

Dichos, y PACO, por el foro.

PACO.—(*Al entrar se detiene, viendo al Jugador que golpea á su mujer.*) ¿Qué es esto? Pero ¿hay todavía cobardes que peguen á las mujeres, después de lo que llevamos dicho sobre lo mismo?

JUGADOR 2.°—Es que esta mala bestia...

PACO.—¿Quién es la mala bestia? ¿Tu mujer? Por las apariencias más lo pareces tú.

OBRERA 2.ª—Se pasa las horas jugando al tute con esos otros vagos y no quiere que le diga nada...

JENARO.—Tiene razón Paco: á las mujeres no hay que sacudirlas más que cuando sea preciso... A mi difunta nunca le puse las manos encima...

LA PICÁ.—No hubiera yo querido ser ella.

JENARO.—Murmuraciones: sólo le pegaba cuando estaba borracho.

GASPAR.—Y ninguna noche se acostaba sereno...

JENARO.—Cállate tú, mozuelo... Todavía no eres hombre... El hombre no es hombre hasta que ha salido del servicio, y tú no has entrado todavía.

(*El Jugador 2.°, apaciguado, habrá vuelto á su mesa, pero no sigue la partida. Paco hablará con él; después con otros obreros.*)

GASPAR.—Entraré el año que viene; pero ahora soy tan hombre como tú y como el que más pueda serlo. Que te conste.

TOMÁS.—No hagas caso de Jenaro.

JENARO.—¿Que ne haga caso de mí? Dirás que estoy borracho, como siempre... Este no será hombre hasta dentro de cuatro años... El año que viene agarrará el chopo y dejará de hacer su voluntad...

GASPAR.—¡Hombre, la disciplina...!

JENARO.—¡La disciplina! ¡Y vosotros sois los hombrecitos modernos! Mira... (*Señala el cuello.*) señales de una cuchillada; mira aquí: (*Muestra la mano izquierda.*) atravesada de un balazo... Todo por no aguantar disciplinas y haberme sublevado con el batallón...

LA PICÁ.—Calla, embustero, calla. Lo de la mano fué un perro que te mordió un día que estabas borracho y te caiste contra una puerta.

JENARO.—Siempre lo de borracho...; cualquiera que no me conociera creería que

decís verdad... Pues lo del cuello...

T. VINAGRE.—Te lo hizo aquí mismo tu mujer con un clavo, un día que os peleasteis.

GASPAR.—Pues veo que eres un héroe.

JENARO.—Calla, digo, mocoso; tú el año que viene vendrás, si te lo mandan, á tirar tiros contra nosotros... Pero que no te vea yo.

LA LEONA.—Ahí duele.

PACO.—(*Acercándose á Tomás.*) Hola, Tomás; hola, Leona.

TOMÁS.—Hola, Paco. ¿Quieres sidra?

PACO.—(*Bebe un sorbo.*) Ese bárbaro (*Por el Jugador 2.º*) me ha puesto de peor humor que venía.

(*Desde este momento en adelante, el tío Vinagre muestra interés por escuchar las conversaciones de Paco, Tomás y la Leona, cosa que pretende disimular.*)

TOMÁS.—El que tiene afición al juego ya sabes que pierde todos los sentidos cuando está con las cartas en la mano.

PACO.—Y aquí estabais tan frescos mirando cómo pegaba á su mujer.

LA PICÁ.—¿Qué quieres que hiciéramos? Si ella se aguanta...

TOMÁS.—Cuando tú llegaste empezaba la función.

PACO.—Yo no acabo de entenderos...; no sé qué noto en vosotros. Cuando peor está la situación es cuando os encuentro más tranquilos. Al empezar la huelga, tenía que estar siempre aconsejando á todo el mundo que no hiciese locuras; el que menos, quería tirar una bomba en la fábrica. Y ahora, cuando la situación es desesperada y acaso conviniera poner mal gesto, parece que os han dado cañazo.

LUIS.—Si te parece flojo cañazo el que nos dió la tropa...

JENARO.—Cobardes... Lo de la tropa sí que fué una co... acción.

TOMÁS.—¡Quién sabe! Quizás á fuerza de dar consejos de mansedumbre nos hayas quitado las energías.

PACO.—Alto ahí, Tomás; yo nunca he aconsejado la mansedumbre. Eso queda para los curas.

JENARO.—No habléis ahora de curas.

PACO.--Yo he procurado impedir que se hicieran locuras cuando habría sido disparate el cometerlas. Pero ahora las locuras de hace un mes no serían ya locuras.

LA LEONA.—(*Interviniendo.*) Estás desconocido, Paco.

TOMÁS.—Tiene razón la Leona.

PACO.—No me pongáis de peor humor; muy en serio os diré que pienso ahora como antes pensaba. Sois vosotros los que no me habéis comprendido, por lo que voy viendo. Y lo siento, porque hasta aquí me habréis tenido en un concepto que me da vergüenza.

LA LEONA.—No es para tanto; ahora me interesas más.

TOMÁS.—¿De veras, Leona?

(*Poco á poco, se agrupan todos alrededor de Paco.*)

PACO.—Cuando se lucha noblemente, fuerza contra fuerza, razón contra razón, la pelea es digna, y ninguna de las partes debe usar de un recurso extremo y fuera de las leyes. Pero si una de esas partes comete una traición, la otra tiene derecho, desde ese instante, á adoptar como buenos todos los procedimientos de lucha.

TOMÁS.—Bien, bien.

JENARO.—Dejadle hablar... ¡Tiene un pico!

PACO.—Ese es el caso de nuestra huelga: la pelea empezó noblemente; hubiera

sido indigno por nuestra parte lanzarnos por un camino que no debíamos seguir. Pero la Compañía ha torcido su marcha y nos ha dado una puñalada por la espalda. Pero no es sola la Compañía...; porque si ella no hubiera tenido como lacayos á los ministros y á todos los que tienen bastón con borlas...

La Leona.—Veo que pones las cosas en su verdadero lugar.

Paco.—En resumen: la huelga está á punto de ser un desastre para nosotros; los que mandan, en vez de repartir justicia, se ocupan en facilitar personal de traidores á la fábrica; se mezcla entre nosotros espías que introducen la discordia y que producen pendencias á diario, por las cuales se lleva á la cárcel á muchos compañeros...

Jenaro.—Yo he sido uno de esos... Hoy he salido...; bueno, dejadle que hable.

Paco.—Se nos persigue por todas partes; se nos acorrala como á fieras dañinas... Y me parece que la fiera debe despertar y clavar los dientes. Hace pocos días se nos ha provocado miserablemente y se ha lanzado contra nosotros la tropa..., los propios hijos del pueblo.

Bien sabéis lo sucedido... Después, yo he esperado algo que no llega... No sé si se habrán adormecido vuestros sentimientos; pero los míos... no, os aseguro que no se han dormido, sino que despertaron gritándome que ha llegado la lucha á la desesperada...

TODOS.—Eso... ¡Bravo! ¡Bien! Ya era hora...

LA PICÁ.—Ven, que quiero besarte.

LA LEONA.—Venga esa mano, Paco.

(*Todos comentan entre sí el discurso de Paco; éste habla con unos y con otros.*)

TOMÁS.—(*Aparte, á la Leona.*) Ya sabes que todo eso lo he dicho yo antes que él.

LA LEONA.—Sí; pero tú lo decías sin pensarlo... y sin hacerlo. El lo ha pensado, ahora lo dice y luego lo hará; estoy segura de ello porque le conozco.

(*Van saliendo, con pequeños intervalos, los tres Jugadores, la Obrera 2.ª, las otras dos Obreras y dos Obreros.*)

TOMÁS.—¿Él qué hará?

LA LEONA.—¡Qué sé yo! Lo que haya pensado hacer.

TOMÁS.—Lo haré yo antes...

LA LEONA.—No tendrá ya mérito, porque te mueve la envidia; cosas así tienen que salir de aquí dentro. (*Se golpea el pecho.*)

JENARO.—(*A Paco.*) Paco, un abrazo. Si ese mamarracho del tío Vinagre no me hubiera cerrado el crédito, ahora mismo te convidaría á... á...

PACO.—Gracias, abuelo; anda á dormir.

JENARO.—Pero no creas que estoy bebido...

PACO.—No, ni pensarlo... Adiós. (*Sale Jenaro.*)

ESCENA IV

LA LEONA, con PACO, en una mesa; próximos, TOMÁS, LA PICÁ y la OBRERA 1.ª, en otra; LUIS y LUCÍA, en otra, y más apartados, DOS OBREROS. El TÍO VINAGRE, limpiando mesas.

LA LEONA.—¡Qué alegría me das hoy!

PACO.—Eres muy exaltada; tú, como Tomás, pides venganza á tontas y á locas.

LA LEONA.—Tampoco tú me conoces... Yo tengo algo de misteriosa.

LA PICÁ.—(*A Tomás.*) Has perdido la partida, amigo mío; Paco ha hecho tute de reyes.

TOMÁS.—Déjame en paz; eso está por ver todavía.

OBRERA 1.ª—Eres ciego, por lo visto; míralos cómo hablan.

LA LEONA.—(*A Paco.*) Antes de venir tú á este pueblo, la fábrica era de uno solo; yo trabajaba en ella... Hace doce años

yo tenía diez y ocho y valía bastante como muchacha bonita. Por eso el amo, que era un perro, me traía frita. Pero no sé á qué viene contarte esta historia.

PACO.—(*Con ansiedad.*) Sigue..., habla..., acaba...

LUCÍA.—(*A Tomás.*) Parece que estás preocupado.

TOMÁS.—La habéis tomado todos conmigo.

LUCÍA.—Hombre, dispensa; no quería molestarte.

LA PICÁ.—El hombre tiene su amor propio.

LA LEONA.—(*A Paco.*) No, si no pasó nada de lo que te figuras... No siempre han de resultar engañadas las muchachas pobres.

PACO.—De modo que... no pudo imponerse...

LA LEONA.—No, hijo; no lo pienses siquiera. Pero todo se lo debo á un chico como yo, que andaba loco por mí... Una tarde, en un desván de la fábrica, hallándome descuidada, se presentó ante mí el amo... ¡Qué susto! Pero mientras yo luchaba á brazo partido con él para desprenderme, aquel muchacho, que andaba espiándole, le tomó por su cuenta y le rompió las narices... ¡Pobre

Enrique! Murió tísico á los dos años.

PACO.—¿Le quisiste mucho?

LA LEONA.—Bastante, pero no tanto como él á mí... No ha vuelto á interesarme ningún hombre.

PACO.—¿Ninguno?

(*El tabernero se aproxima con disimulo á las mesas.*)

TOMÁS.—Este tío Vinagre se me ha metido en la cabeza que es un espía; fíjate, Picá, cómo anda rondando por escuchar la conversación de esos.

LA PICÁ.—Pues como lo averigüe yo, le señalo la cara.

OBRERA 1.ª—Yo te ayudaré.

TOMÁS.—Voy á prevenirles. Quedaos aquí y observadle. (*Acercándose á Paco y la Leona.*) ¿Puede uno alternar en la conversación?

PACO.—Acércate, hombre; como estabas hablando con la Picá...

TOMÁS.—Ahí dejo á las dos observando al tabernero; me da en la nariz que el tío Vinagre cobra de la Compañía por dar noticias.

LA LEONA.—Pues hay que acogotarle; por lo pronto, que nadie le pague lo que le deba, pues será lo que más ha de sentir.

TOMÁS.—Bueno, Paco, me gusta como has hablado antes; yo soy uno para hacer lo que sea preciso.

PACO.—Eso no conviene hacerlo en comandita; cada uno por su cuenta y riesgo, y sin dar noticias á nadie, haga lo que pueda. Las cosas se conocerán cuando estén hechas.

LA LEONA.—Es decir bastante, Tomás.

(*El tío Vinagre escucha, fingiendo limpiar una mesa. La Picá y la Obrera 1.ª se lanzan contra él y le dan de bofetadas y arañazos.*)

LA PICÁ.—Toma, toma, falso...

OBRERA 1.ª — Toma, para que afines el oído.

PACO.—¿Qué es eso?

TOMÁS.—¡Hola! Cuando yo decía...

LA PICÁ.—¡Vaya un zorro! Espiando las conversaciones...

TOMÁS.— (*Dando un puntapié al tío Vinagre.*) Arre allá, víbora.

LA LEONA.—Ya puedes pedir á la Compañía que te pague las cuentas de todos los que vienen.

T. VINAGRE.—Pero... ¿á qué viene esto? Si yo... (*Se refugia tras el mostrador, atolondrado.*)

LA PICÁ.—Calla, Judas, calla, que te señalaré para siempre.

LUCÍA.—Adiós, tío Vinagre: apunte usted la cena de esta noche con lo demás... que ya vendremos por aquí el día menos pensado. (*Sale.*)

LUIS.—No, no tenga usted cuidado; si quiere cobrar, salga ahora á la calle conmigo. (*Sale también.*)

(*Los dos Obreros que estaban en una mesa, se marchan igualmente. El tío Vinagre hace aspavientos.*)

LA LEONA.—(*A la Picá, que se ha sentado junto á ella.*) Perdona, Picá, ¿quieres dejarnos un ratito á los tres solos? Tenemos que hablar... Dispensa...

LA PICÁ.—No, tonta: ¿por qué voy á dispensar? Me marcho con ésta. Adiós. Vamos, tú. (*A la Obrera 1.ª*) Adiós, mal Vinagre: voy á dar la noticia por ahí para que nadie vuelva por esta cueva, y menos para pagarte. (*Sale en compañía de la Obrera 1.ª*)

ESCENA V

PACO, TOMÁS y LA LEONA, en grupo. TÍO VINAGRE, arrinconado.

LA LEONA.—Escucha, Paco; á pesar de lo que dices, creo que no te estorbaría alguien que te ayudase.

PACO.—(*Moviendo la cabeza.*) Siendo persona de confianza...

LA LEONA.—De confianza: uno es éste y otra yo.

TOMÁS.—Gracias, Leona, por tener confianza en mí.

T. VINAGRE.—(*Aparte.*) Si ahora entrase una pareja de civiles... ¡qué buena caza! (*Amenaza con el puño.*)

LA LEONA.—¿Qué piensas hacer, Paco?

PACO.—No os lo diré hasta mañana..., cuando estemos con las manos puestas en la obra. Mañana... viene el ministro que tanto ha ayudado á la Compañía... el que ha influído más para que el Ejército se mezcle en estos litigios de patronos y obreros... Viene á ver que la fábrica funciona casi sin entorpecimiento para ir luego á San Sebastián y decir que no hay cuidado, que todo se ha resuelto gracias á él... Pero es preciso que á San Sebastián llegue la noticia de que

nada se arregló, que el pueblo está próximo á la locura y que el mayor responsable de tanto mal es ese ministro...

LA LEONA.—¡Oh, Paco! ¡Qué idea!... (*Se aproxima á éste y le contempla, extasiada.*)

TOMÁS.—Al grano. ¿Qué podemos hacer?

PACO.—El tren llegará á las nueve... A las nueve os espero en la fábrica; entrad por donde descargan el carbón... Yo estaré allí trabajando.

TOMÁS.—¿Trabajando?

PACO.—Sí: esta noche voy á pedir trabajo, como si no pudiera resistir más la huelga... Me lo darán, ¡ya lo creo!, y tendrán una alegría al verme rendido...

LA LEONA.—Paco..., Paco..., tú eres un hombre. (*Le toma una mano y se la besa.*)

ESCENA VI

Dichos y el CONTRAMAESTRE

CONTRAM.—(*Entra y se dirige al mostrador.*) Hola, tío Vinagre. ¿Hay novedades?

T. VINAGRE.—¡Chist! Calla: están ahí esos... Me han descubierto...

CONTRAM.—¿Qué pasa? (*Hablan.*)

PACO.—En mal momento llega ese bandido. Hay que disimular...: mejor es engañarle... Finjamos disputar y que me dejáis despreciándome.

TOMÁS.—Buena idea. (*Alzando la voz.*) Basta de conversación; vamos, Leona, déjale, que con cobardes no se va á ninguna parte.

LA LEONA.—Piénsalo bien, Paco, que te puede costar caro.

PACO.—Lo tengo todo pensado.

TOMÁS. —¡Y todavía vino esta tarde echando roncas!

(*Salen Tomás y la Leona, airados.*)

PACO.—(*Queriendo hablarles todavía.*) Pero si es una locura... (*Pausa. Este diálogo se desarrollará como si se tratase de conversación privada, pero en voz suficientemente alta para que el Contramaestre y el tío Vinagre lo sientan.*)

ESCENA VII

El CONTRAMAESTRE, el TÍO VINAGRE y PACO

CONTRAM.—¿Qué les habrá pasado á esos?

T. VINAGRE.—Quién sabe... No me fío de ninguno de ellos. Son peor de lo que parecen.

(*Paco permanece sentado, como en medi-*

tación. Después levanta la cabeza y contempla á los dos.)

PACO.—(*Se dirige al Contramaestre.*) Hola, buenas noches. ¿Cómo anda esa fábrica?

CONTRAM.—No marcha mal. Están cubiertas casi todas las plazas. Los que se retrasen en volver no van á tener lugar.

PACO.—Y mi plaza de fogonero, ¿está cubierta?

CONTRAM.—No recuerdo...; pero me parece que no. Al menos el que hay no entiende bien el trabajo... ¿Piensas volver por allí?

PACO.—Si tuviera la seguridad de que me admitiesen...

CONTRAM.—(*Sin poder contener la alegría.*) ¡Pues ya lo creo! Si lo tienes pensado ya, no tardes en presentarte... (*Aparte.*) Ya ha caído el pez más gordo...

PACO.—(*Fingiendo temor.*) Presentarme... no me atrevo...; si usted quisiera encargarse...

CONTRAM.—Dalo por hecho. ¿Cuándo quieres empezar á trabajar?

PACO.—Cuanto antes mejor... No tengo donde comer...

CONTRAM.—Mañana á las siete tienes tu puesto libre. ¿Te espero?

PACO.—Palabra.

T. VINAGRE.—¿Y todos los disparates que estuviste diciendo antes delante de la gente?

PACO.—Amigo, delante de la gente hay que hablar de una manera aunque luego se proceda de distinto modo. Antes que todas las palabras tenemos éste... (*Se toca el estómago.*)

CONTRAM.—Bravo. A ver, tío Vinagre, danos unos vasitos de lo bueno... (*Aparte.*) ¡Vaya un alegrón que le doy al director! Le diré que ha sido por mi influencia...

(*El tabernero llena unos vasos de vino y beben los tres.*)

T. VINAGRE.—Pues que sea enhorabuena, Paco. Ten cuidado con tus amigos...

PACO.—Ya, ya; sólo les he dicho cuatro palabras sobre el asunto y se sulfuraron; me han amenazado. Pero no les tengo miedo.

CONTRAM.—¿Quieres que vayamos ahora que es de noche á ver al director?

PACO.—(*Dudoso.*) ¡Bah! Bueno... Vamos...

(*Se encamina hacia la puerta.*)

CONTRAM.—(*Dejando algunas monedas so-*

bre el mostrador.) Adiós, abuelo: la caza de hoy ha sido buena...

T. VINAGRE.—No me fiaría yo demasiado...

CONTRAM.—¡Bah! Tenía que llegar... (*Sale.*)

T. VINAGRE.—(*Recoge las monedas y pasa un paño por el mostrador.*) Son tan raras estas gentes...

(*Entran hablando tres ó cuatro obreros.*)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Habitación interior de la fábrica, donde se deposita el carbón para las calderas. Figura hallarse bajo el nivel del suelo; puerta en el foro, por la que se entra descendiendo cuatro escalones; en el lateral izquierdo dos puertas: la de primer término comunica con los talleres, y la de segundo con las calderas. La primera tiene también cuatro escalones, pero la otra no. El lateral derecho carece de puertas, pero tiene una ventana con hierros. Arrimados á las paredes montones de carbón (que pueden ser simulados con borra negra). Muros blanqueados, pero muy sucios. En el centro de la escena una pequeña baldosa que protege el registro del agua de que se surte la fábrica. Nueve de la mañana.

ESCENA PRIMERA

PACO, solo; con una pala toma carbón y lo entra por la puerta de segundo término. Vuelve á salir y toma otra paletada de carbón.

PACO.—Voy con la última pala de carbón. Dentro de media hora estarán los hogares que serán una pura brasa. (*Mira el reloj.*) Las nueve menos cuarto; la primera parte del programa está ya terminada; las calderas á toda presión y las máquinas trabajando como furias. (*Sale con la pala de carbón, y vuelve á poco.*) No echo más carbón; el maquinista es un animal, pero puede notar

algo fuera de lo corriente; hoy está muy charlatán porque debe haber bebido de más... Lo cual es mejor para mí, porque no para un momento en las máquinas. No hace más que hablar con unos y con otros. (*Pausa.*) El contramaestre no cabe en el pellejo por la alegría que le ha dado verme volver. Ya me ha hecho dos visitas, como si temiese que me hubiera arrepentido... La Leona y Tomás no tardarán... ¡Pobre Leona! Es toda corazón; pone su alma en esta lucha y daría su vida por proporcionar una alegría á todos esos desgraciados que lloran de hambre y de impotencia... (*Mirando hacia los talleres.*) Ahí viene otra vez el contramaestre con el maquinista... ¡Ah! No, el maquinista se queda charlando con uno... Tiene pocas ganas de verme. Aquí llega éste.

ESCENA II

PACO y el CONTRAMAESTRE

CONTRAM.—Ya he sentido el silbato del tren; acaba de llegar el ministro y dentro de un cuarto de hora estará aquí.

PACO.—Pues las calderas están ya prepa-

radas y las máquinas funcionan á toda velocidad; no queda ni una parada.

CONTRAM.—Bien, bien; habría sido una lástima que la mitad de la fábrica estuviera quieta. ¿Crees tú que ahora empezarán á venir huelguistas en busca de trabajo?

PACO.—Estoy seguro de ello.

CONTRAM.—Pues anímales. (*Pausa.*) Y la Leona y Tomás, ¿crees que vendrán pronto por aquí?

PACO.—No tardarán. (*Aparte.*) Menos de lo que tú te figuras. (*A Paco le molesta la presencia del Contramaestre.*) Con permiso de usted voy á seguir echando carbón; perdone si no le atiendo...

CONTRAM.—No, no; me voy; quiero estar á la puerta cuando llegue el ministro. Vendrán acompañándole el director de la fábrica y un accionista que veranea por aquí cerca. Hasta luego. (*Sale.*)

ESCENA III

PACO, TOMÁS, LA LEONA

TOMÁS.—(*Entra, acompañado de la Leona, por el foro. En voz baja.*) Paco... Hola, aquí estamos.

LA LEONA.—La palabra está cumplida por

nuestra parte. (*Se estrechan las manos los tres.*)

PACO.—¿Habéis hecho examen de conciencia? ¿Os habéis confesado?

TOMÁS.—Deja las bromas á un lado. Lo tenemos todo hecho.

PACO.—Podría ocurrir algo en que perdiéramos todos... Yo soy solo en el mundo y no dejaré á nadie abandonado aunque me muera.

LA LEONA.—Yo ningún pariente tengo; sólo sentiría dejar á los que luchan sin la ayuda de mi voluntad.

TOMÁS.—Mi hermana es la única persona que dejaría si me tocase caer. Pero ella gana para vivir.

PACO.—No hay tiempo que perder: os explicaré el plan en cuatro palabras. (*Saca de entre el carbón una llave de paso para el agua, en forma de T, bastante larga.*) Mirad: con esta llave se corta el agua que va á las calderas; cuando éstas se encuentran vacías y el fuego las tiene casi incandescentes... se vuelve á dar paso al agua... Sólo esto basta para que las calderas estallen... Aquí está el registro del agua... (*Señala el baldosín.*) Aquí está la llave... Aquí hay unos bra-

zos... y aquí una voluntad... (*Se golpea el pecho ó la frente.*)

TOMÁS.—(*Aproxímase, exaltado.*) Ya hay cuatro brazos y dos voluntades iguales.

LA LEONA.—Y si alguna falla ó si no hay bastante... también yo tengo brazos y corazón... (*Pausa. Miran hacia los talleres.*) Estoy nerviosa...

PACO.—Ante todo serenidad; la perdigonada va á pillar á muchos pájaros y hay que hacer bien la puntería...

TOMÁS.—Calcula bien el tiempo...

PACO.—(*Golpea el muro con el puño.*) El muro es de primera y hay que suponer que nada nos ocurrirá. Por allí... volará todo...

LA LEONA.—Se siente murmullo de gentes...

TOMÁS.—Son los imbéciles que salen á recibir al ministro. Como es un bicho raro por aquí...,

PACO.—Se decía que en la estación iban á darle una grita los huelguistas.

TOMÁS.—Se habla mucho; pero nadie habrá dicho esta boca es mía.

LA LEONA.—¿Y si alguien le despachara en el camino?

PACO.—Es difícil... Pero nosotros comple-

taríamos la obra con lo que vamos á hacer... Porque nuestro enemigo no es solamente el ministro...; es la Compañía, son esos cien traidores que trabajan ahí dentro...; y á la Compañía se le da un golpe de muerte volándole la fábrica... (*Pausa.*) Callad...; mirad...; se abre aquel portalón... Ya llega la comitiva... Preparemos la primera parte... (*Levanta la baldosa y coloca la llave. Tomás y él forcejean.*) Duro, Tomás.

TOMÁS.—Ya está, ya está... (*La llave da una vuelta.*)

(*Siéntense voces exteriores de* ¡Viva!)

LA LEONA.—Gritad, gritad, lacayos... Aclamad á vuestros verdugos.

PACO.—Déjales: no tardarán en gritar por otra cosa...

TOMÁS.—Vienen hacia aquí.

PACO.—Salid los dos y espiad el momento en que se marchen de esta habitación para entrar de nuevo cuando yo os llame. (*La Leona y Tomás salen.*)

ESCENA IV

PACO, el CONTRAMAESTRE, el DIRECTOR de la fábrica, el MINISTRO, el ACCIONISTA y cinco ó seis OBREROS, que les siguen.

PACO.—(*Colocando la baldosa y tirando la llave sobre el carbón.*) ¿Para qué le traerán á este cuartucho? Sin duda para que me vea; como se dice que yo era el peor de todos, querrán verme de cerca...

CONTRAM.—(*Entra precipitadamente.*) Paco, Paco... El ministro...

PACO.—Bien, ¿y qué?

CONTRAM.—No vayas á salir con alguna de las tuyas...

(*Entra la comitiva.*)

PACO.—Pierde cuidado; me he vuelto muy manso...

CONTRAM.—Señor director..., excelencia, este es el fogonero... Vuecencia le habrá oído nombrar... Paco Rojo...

MINISTRO.—¡Ah, sí! Orador de mitin... Promovedor de la huelga... Al fin ha entrado en razón... Venga esa mano...

PACO.—(*Con altanería.*) Perdone usted, señor ministro... Tengo mis escrúpulos... En esta lucha he sido vencido... Pero no me gustan humillaciones...

DIRECTOR.—Pero ¿es humillación dar la mano al señor ministro?

PACO.—No diré tanto; pero yo la mano se la doy únicamente á los amigos...

MINISTRO.—Yo quiero que seamos amigos...

PACO.—No podemos serlo... Usted perdone si le ofendo...

MINISTRO.—(*Ofreciendo nuevamente la mano.*) Siquiera para firmar la paz...

DIRECTOR.—Eso es, la paz...

PACO.—No existe tal paz. Esto ha sido un combate parcial en el que se nos ha vencido; pero las hostilidades siguen rotas y nosotros sólo esperamos una oportunidad para llevarnos una victoria mientras llega la definitiva...

ACCIONISTA.—¡Qué descortesía á un ministro!

DIRECTOR.—Ministro y accionista de la Compañía: porque el Consejo ha acordado hacerle accionista.

MINISTRO.—Todos estos revolucionarios son iguales: en Madrid recibo de cuando en cuando Comisiones de ellos, que van á hacerme reclamaciones y todos son unos galápagos; tienen concha...

PACO.—Sí, esos son los míos...

ACCIONISTA.—Bien, bien; salgamos de esta

habitación; aquí no se puede permanecer... Todo tan sucio y tanto calor...

PACO.—Ya ve usted; y por doce reales estoy yo once horas...

DIRECTOR.—Sí, sí, salgamos... Que venga Paco con nosotros para explicarnos el funcionamiento de las máquinas. (*Aparte, al Contramaestre.*) Que no se ponga delante de nosotros el maquinista; está borracho perdido.

CONTRAM.—Bien, señor director. Pondré interinamente á Paco.

DIRECTOR.—¿Viene usted, Paco?

PACO.—(*No sabe cómo excusarse. Se inquieta.*) Tengo precisión de estar aquí todavía un rato... El carbón... El agua...

MINISTRO.—No es más que un instante.

PACO.—(*Aparte, con desesperación.*) ¡Oh! ¿Qué hago? Va á perderse la oportunidad... (*Al Director.*) Sí, les acompañaré un instante... (*Aparte.*) Si pudiera avisar á esos... que suelten el agua, aunque tenga yo que volar...

(*Salen todos y queda la escena un momento sola.*)

ESCENA V

LA LEONA, TOMÁS; luego PACO

LA LEONA.—(*Asomándose.*) No está... Ha salido con ellos... (*Entra.*)

TOMÁS.—(*Siguiéndola.*) ¿Y Paco? ¿Qué hacemos?

LA LEONA.—(*Mira hacia los talleres.*) Está allí, explicando...

TOMÁS.—Se va á perder la ocasión...

LA LEONA.—¿Prefieres que le destrocemos á él también?

TOMÁS.—No seas loca. No te permito que supongas en mí esas intenciones.

LA LEONA. — (*Mirando.*) Mírale, mírale... Nos ha visto... ¡Oh! ¿Qué te parece? Está haciendo señas para que soltemos el agua.

TOMÁS.—¡Qué bárbaro! No le importaría morir...

LA LEONA.—(*Se enjuga unas lágrimas.*) Ahí tienes al que llamábamos cobarde... Si nosotros fuéramos como él...

TOMÁS.—¡Oh, Leona! Tú le quieres... ¿verdad?

LA LEONA.—Sí, Tomás, ahora le quiero con toda el alma... Perdóname...

TOMÁS.—Tuyo será... Es un verdadero héroe... Yo seré quien más pura amistad le profese... Quiérele, sí. .; quiérele con el alma... Se lo merece... Yo me avergüenzo de ser tan pequeño...

LA LEONA.—Si eres su amigo, serás grande.... Calla; viene corriendo.... Atención...

PACO.—(*Que llega apresurado.*) ¿Por qué no habéis hecho caso?

TOMÁS.—(*Abrazándole.*) Vales tú más que todos ellos...

LA LEONA.—Sería mucha honra para ellos morir en tu compañía.

PACO.—Pronto... la llave...; no queda un minuto...

(*Toma la llave precipitadamente. Tomás levanta la baldosa. Repítese la escena de girar la llave.*)

TOMÁS.—Todavía llegamos á tiempo.

PACO.—(*Agitado.*) Fuera..., fuera..., escondámonos tras de este muro...; no, salgamos afuera... (*Tira la llave al suelo. Permanecen indecisos. Por la parte del taller siéntese una explosión espantosa, acompañada de ruído de muros que se hunden, hierros que vibran, y una gran lla-*

marada, que ilumina la escena durante el resto de la obra. Por las dos puertas de la derecha sále humo á escena. Algunos trozos de escombro caen en escena, hiriendo uno de ellos á la Leona.)

LA LEONA.—¡Ah! (*Se lleva las manos á la cabeza y cae pesadamente.*)

(*Paco y Tomás se precipitan sobre ella y la incorporan.*)

PACO.—¡Muerta! ¡Muerta! (*Con desesperación.*)

TOMÁS.—¡Muerta! (*Con terror.*)

(*Levántanse y se contemplan uno á otro.*)

PACO.—¡Muerta, Tomás!

TOMÁS.—¡Muerta la valiente Leona! ¡Muerto mi cariño...!

PACO.—(*Agarrándose á Tomás.*) ¿La querías?

TOMÁS.—Era mi mayor ilusión...

PACO.—Y la mía... La hemos matado los dos...

TOMÁS.—No... Han sido esos, los que gritan malheridos en ese montón de escombros...

PACO.—(*Como iluminado.*) Tampoco han sido ellos... Fué el mundo entero, fué la sociedad... ¡Qué lástima que no exista

otra vida donde los verdaderos asesinos sufrieran su castigo!

(*Caen el uno en brazos del otro. Por el foro llegan gentes aterradas que acuden al siniestro.*)

TELÓN LENTO

DEL MISMO AUTOR

LUCHA, drama en un acto.

LOS PREDILECTOS, comedia en un acto.

EL ATENTADO, juguete cómico en un acto.

EL DÍA DE MAÑANA, comedia en un acto.

LOS RECHAZADOS, monólogos en verso.